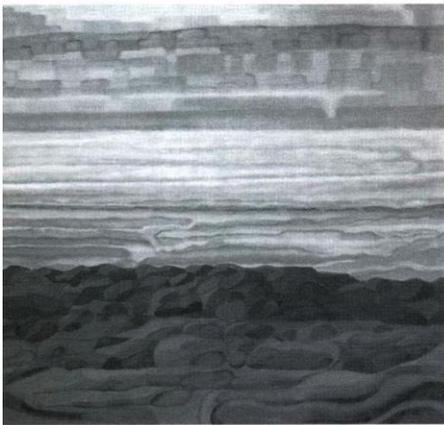


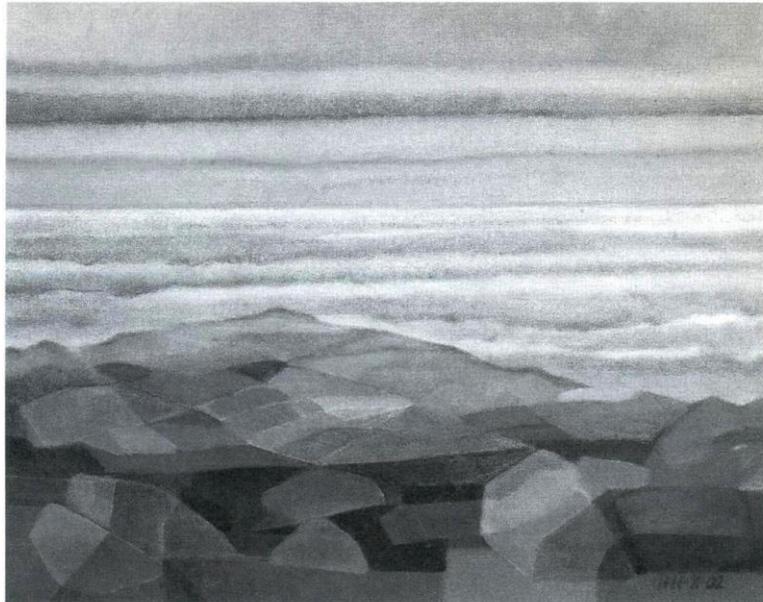
EL PAISAJE DESDE EL INTERIOR, JOSÉ HERNÁNDEZ

CELESTINO HERNÁNDEZ

Que el tiempo sigue su camino sin detenerse es cosa bien sabida, y que a lo largo de ese mismo tiempo, periódicamente, volvemos a menudo sobre los mismos asuntos, parece también un hábito entre, los humanos. Tal vez sea porque determinados temas nos atraen, casualmente o no, unas épocas más que en otras, o tal vez por nuestro insaciable convencimiento de que siempre queda algo nuevo que decir, y que nosotros podemos aportarlo. Sea una u otra la razón, un impulso irrefrenable nos lleva invariablemente a continuar el trabajo que otros emprendieron antes. Y como el conocimiento es en primer lugar recoger el testigo de aportaciones previas, estudiarlas y asimilarlas o criticarlas, para enriquecerlas, nuestras aportaciones incluirán, objetiva o subjetivamente, mucho o parte de lo que nos ha antecedido y hemos estudiado o consumido.

Uno de los temas que vuelven periódicamente a la actualidad en la plástica es el paisaje, aunque en su caso podríamos decir que nunca ha dejado de estar presente, si bien no siempre ha ocupado un lugar preferente en las tendencias del arte. Ocurre que en este momento, cuando transitamos sin darnos apenas cuenta por una etapa cronológicamente única, a la que de seguro prestarán más atención generaciones futuras, y se detendrán a comprobar lo que acontecía, aunque sólo fuese por la curiosidad de la fecha, encontrarán que el paisaje volvió a ocupar uno de los primeros puestos de atención en el arte. Sucede así con la actividad plástica que se genera en prácticamente cualquier punto geográfico de la cultura occidental, y sucede así por tanto en nuestro concreto territorio insular, que nos alberga y singulariza. Nuestra tradición no es tan lejana en el tiempo como puede serlo en la cultura oriental, en la pintura y el dibujo de China, ni tampoco en la cultura clásica occidental, puesto que de ella participamos en estas tierras desde hace tan sólo medio milenio. Aún así, ya contamos en nuestro bagaje con un espléndido final de siglo XIX y primer cuarto del siglo XX, tiempo en el que se llevaron a cabo excelentes aportaciones al estudio del paisaje en la pintura, y lo que más nos importa a nosotros, a la investigación plástica de nuestro propio paisaje insular, de su fisonomía, su vegetación, su luz, hasta ese momento aportaciones ajenas al interés de los artistas que aquí nacieron o aquí trabajaron –Nicolás Alfaro, Valentín Sanz,





Nicolás Massieu, Nestor de la Torre, Botas Ghirlanda, José Aguiar, Martín González, hasta llegar a la esplendorosa por sencilla interpretación que Jorge Oramas llevó a cabo del paisaje—.

Otro creador más, otro investigador plástico, José Hernández, se suma a esa ya amplia y prestigiada nómina de indagadores del espacio físico, que les es más cercano o más querido, que conocen porque lo habitan, que lo aman porque llega pleno y limpio a sus almas.

También lo fue Franz Marc, quien perseguía “una comunión panteísta con la naturaleza”, circunstancia precisamente que más le unía a su compañero de “batalla” artística, Wassily Kandinsky, quien a su vez escribió que “los colores están destinados más al alma que a la sensibilidad del espectador, porque proceden de las profundidades del ser”. Aseguraba Kandinsky, el año 1911, en su ya famoso ensayo, *De lo espiritual en el arte y en la pintura en particular*, que “todo artista, como creador, debe expresar lo que es propio a su persona”.

Es ahí, consideramos nosotros, donde podemos encontrar buena parte del interés que despiertan las últimas pinturas de José Hernández, dedicadas como las inmediatas anteriores al paisaje. Porque José Hernández juega con colores, manchas de color, que son tonalidades pictóricas como también sonoras, y son sobre todo sensibilidad, más que representación estricta de un paisaje, su paisaje, el que vive y recorre con sus ojos, como el que recrea en su mente, y el que transita en sus sueños. Es el paisaje, que es el tema excusa para hacer visibles los sentimientos, las sensaciones, los desencantos y los reencuentros, la vuelta de la confianza, el ánimo, la esperanza y la ilusión, y entre unos estados de ánimos y otros, unos colores y otros colores, o unas tonalidades y otras del mismo color, un verde que domina la escena, un verde vivo, intenso, que sin embargo para nada altera nuestra contemplación.

Entendemos que tras los paisajes, José Hernández recrea en realidad las emociones internas y muestra de forma intensa, el color intenso, la experiencia de lo que ha vivido. Y si bien es cierto que él tampoco persigue una imitación de la naturaleza, sino recrearla, como los expresionistas, no creemos que el suyo sea un propósito antinaturalista, como ocurría a aquellos. Sí en lo que se refiere a que “la obra de arte es ante todo expresión de las emociones” de un autor.

Estas pinturas de José Hernández progresan en la armonización del color, y conserva sólo leves huellas de trabajos anteriores, más esquemáticos, con una composición más estricta, más sujeta a esquemas geométricos. Hablamos de las obras presentadas por José Hernández en sus dos anteriores muestras individuales, la de CajaCanarias, La Laguna, en abril de 2000, y sobre todo la del IEHC, Puerto de la Cruz, en enero de 1997, en lo que representaba su regreso a la práctica continuada de la pintura. José Hernández se une a las investigaciones pictóricas que vienen desarrollando coetáneos suyos, como Gonzalo González, y su introspección de la atmósfera y de la infinitud del espacio estelar, Juan Gopar, y su cercanía a las gentes, sus útiles y sus escenarios, Luis Palmero, en la síntesis de los hábitats, en la luz intensa y en los reflejos del agua atrapada, y Quico Orihuela, en la serenidad de sus horizontes desvestidos.